

— No diga usted tonterías.

— Pues entonces llámeme Aquiles, que es mi nombre de pila.

— Pero...

— Si á usted no le place, señora condesa...

— Sí que me place... Aquiles... — y subrayé el nombre del griego de pies veloces con una sonrisa y con una mirada que le hicieron decirme con tono de ditirambo:

— ¡Dios mío, qué bella es usted!... ¡Feliz el hombre á quien ame!

Me reí sin saber de qué, y él continuó:

— Si viera que desde aquella noche no hago más que pensar en usted...

Debo de haberle alentado sin quererlo con alguna mirada romántica cuando me dijo:

— Por sentirme amado de usted...

Y en ese momento nos separó una ola de gente.

Llegamos á la Villa y luego se me acercó Negrete llevando abierto un papelón impreso:

— Las damas, gritó, esperan en el salón mientras llega la hora de servir á Su Majestad...

Lapierre se separó á toda prisa mientras yo penetraba á la Sala de audiencias. No sé si transcurrió un mes, un minuto ó un día; lo que sé es que me sentía sin respiración y sin aliento. Pisaba como sobre lanas, no respondía cosa concertada, la lengua se me pegaba al paladar y no lo-

graba darme cuenta de lo que sucedía, aunque me pellizcara los brazos y me pusiera sobre uno y otro pie para convencerme de que estaba bien despierta. ¡Cuán cierto es que importa sufrir cuando niño las enfermedades infantiles, y que viejo á quien pescan el coqueluche ó el sarampión, sin remedio lía el petate, ó por lo menos ve muy de cerca la cara horrible de la muerte!

— Ya pasó el *Te-Deum*, dijo no sé quién; ahora están en el *Domine, salvum fac Imperatorem*...

— ¡Qué devotos son!...

— ¡Y qué guapa es ella!...

— Besaron la cruz y la mano del señor Arzobispo.

— La Emperatriz dijo al ver á la Virgen: «¡Qué hermosa imagen: me ha conmovido profundamente!...»

— ¡Bendita sea ella!

— ¡Y tan gentes!... Uno de los señores que traen banderitas en los bastones, dijo á unos indios que se aglomeraban: «Cuidado, señores, que molestan á nuestros monarcas»; y la Emperatriz, que lo oyó, dijo con gracia: «No nos molestan, sino que nos agradan.»

A poco aparecieron Sus Majestades y los Obispos á la entrada del salón; Labastida dijo obsequioso:

— Esta es la casa que se ha dispuesto á V. M.!

— Es magnífica, respondió con galantería Maximiliano.

Entraron los empleados, congregaciones, cuerpos colegiados y particulares, Villar y Bocanegra leyó un discurs-

so que empezaba diciendo: «Señor: Al pie del portentoso cerro del Tepeyac y dividiéndonos una pared del templo en que se venera á la protectora y madre de los mexicanos, la Virgen Guadalupe, se presentan el prefecto político del primer departamento del imperio...»

Aquí llegaría el buen Bocanegra cuando distinguí la figura procerosa del padre Zanetti, que por cierto lucía una placa de brillantes de la orden de San Silvestre. Bajé los ojos y al alzarlos vi á Aquiles metido entre un fraile de hábito pardo y un general de grandes bigotes canos. No tardó él en mirarme, y como si mi vida hubiera estado pendiente de sus ojos, ya no supe ni oí nada de cuanto pasó. Según parece, concluyeron los discursos, porque los Emperadores salieron al balcón á escuchar las aclamaciones del gentío. En el desorden que se produjo, Aquiles se me acercó diciéndome en secreto:

— ¡Qué feliz soy! Me parece que me ama usted...

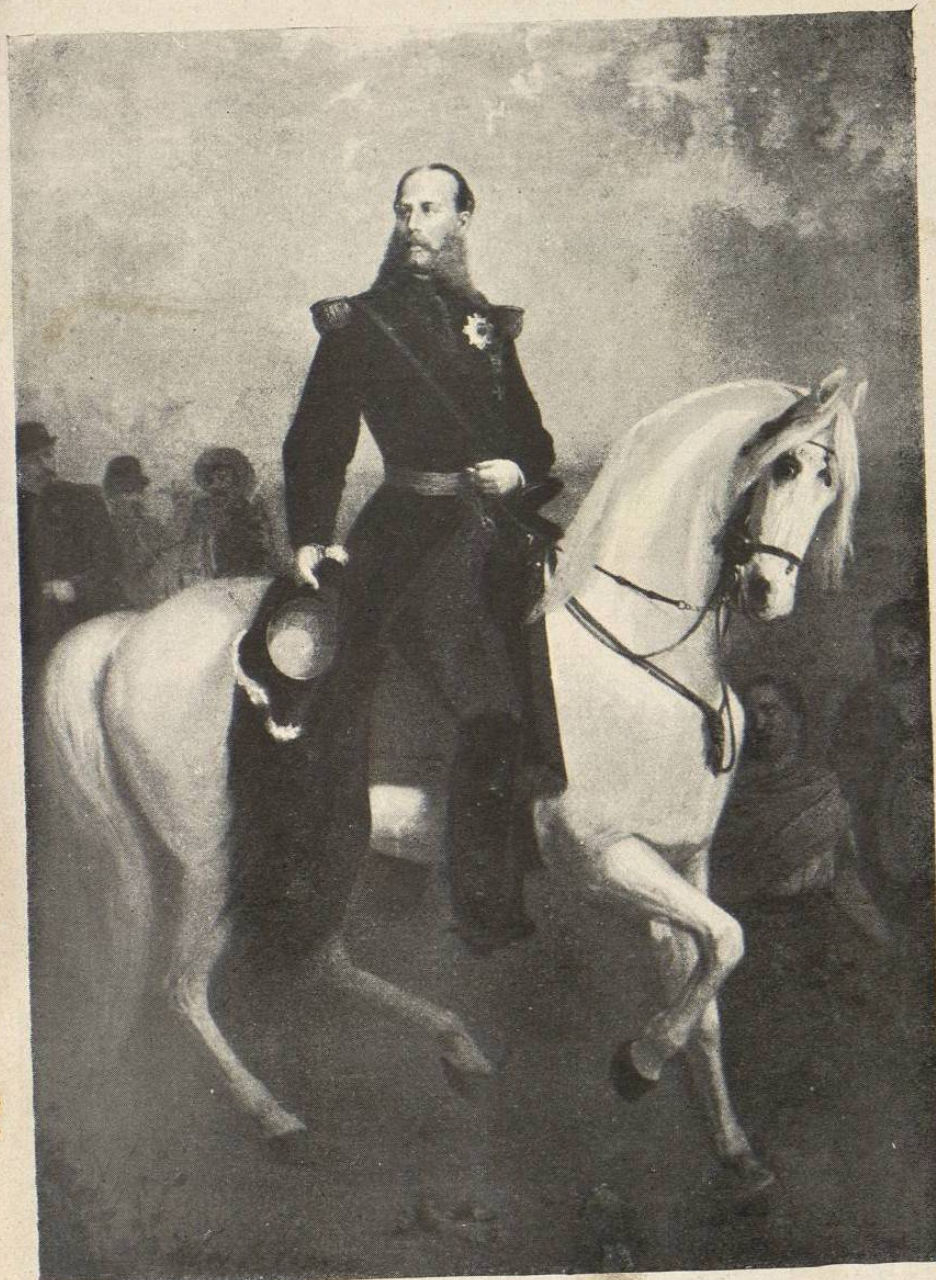
Y yo, como si me lo dictara una voz interior, obligándome á decir lo que no quería, repuse inconsciente:

— Sí, te amo; te amo y te he amado toda mi vida... soy tuya y tuya seré siempre...

Pero no sé si llegó á oírlo, porque en ese momento impidió escuchar todo ruido una inmensa aclamación que subió por el aire:

— ¡Vivaaaaa el Emperaaaadooooooor!...

— ¡Vivaaaaa la Emperatriiiiiiz!...



El Emperador Maximiliano
(Reproducción de un cuadro que se conserva en México)

El domingo fué la llegada á México. Si quisiera valerme de alguna de las innumerables narraciones que se han escrito acerca de la entrada, podría llenaros con detalles muchos pliegos de papel; pero como no es eso lo que buscáis, sino mi impresión personal y privadísima, dejadme que recapacite un poco, aunque sea á riesgo de omitir muchas cosas.

La mañana era clara y hermosa, de esas que nos da en el tiempo de aguas este clima incomparable. Bajamos del carro que se arregló para Sus Majestades (que por cierto estaba adornado con el gusto más deplorable) y nos encontramos en la plazuela de Villamil, en medio de un gentío asombrado é impaciente. Me tocó ocupar un carruaje en unión de las condesas de Zichy y de Collonitz, y vi cuando Sus Majestades subieron á la carroza que les tenían dispuesta. Maximiliano vestía uniforme de general de división mexicano, y Carlota un traje azul á listas blancas, y un gorro (como aquí decían) que había hecho Mme. Virof, de París, en unión de muchos otros muy lindos.

Pero el mismo pueblo que el día anterior había gritado hasta enronquecerse, que había hecho mil manifestaciones de cariño y de alegría, vió pasar indiferente á los Emperadores, y más indiferente aún escuchó los vivas de los generales de división y de brigada que recibieron á Maximiliano á la puerta de la estación.

¿Fué, como hicieron creer los liberales, que los vivos del día anterior hubieran sido obra de los indios tochos é inciviles que acudieron á presenciar la entrada, y previamente dispuestos por los covachuelistas de las oficinas, que hacían de *méneurs*? ¿Fué, como aseguraron los imperialistas, que los soldados franceses hubieran golpeado á los mexicanos que trataban de romper la valla de infantería y caballería que les impedía acercarse á los príncipes? ¡Quién sabe! Mas es el caso que el tránsito de aquel cortejo, en que no se oía una sola voz, un solo grito, una sola manifestación de alegría, se asemejaba al tránsito de un cortejo fúnebre.

Mas á pesar de este silencio, ¡qué espectáculo tan rico y tan variado el que se presentaba á la vista! El colorido de él no consistía en los bordados, en las cruces, en las mitras, en los sombreros al tres, ni en los carruajes recién charolados, sino en el pueblo, en el pueblo un poco árabe, un poco español, un poco indio, pero por todas estas cosas fastuoso y abigarrado como ningún otro. Los anchos sombreros, las chaquetas cargadas de alamares; las botonaduras de plata y oro; los zarapes rojos y verdes; los caballos enjaezados á la usanza morisca; las mujeres vestidas con zagalejos rojos y azules; las bandas de burato; los zapatos de gros verde; las medias de seda calada; los sombreros apretados de oro y aljófár; y en el fondo del cuadro, con su sonrisa triste y paciente, los indios cargando su huacal

y en la cabeza el *yahualli* adornado con grecas... Figuraos ahora esta multitud en movimiento; á los Emperadores saludando de una parte y otra; á los franceses mirándolo todo con aire de conquistadores; y cerrando la procesión, como si fuera el número con que debían acabarse los espectáculos del día, á los guardias del Emperador, vestidos de rojo, con los penachos rojos, con las monturas rojas y desplegados al aire los banderines rojos que indicaban su procedencia y su origen. Parecía una ola de sangre que invadiera uniformes franceses, castores lentejuelados, calzoneras plateadas, toquillas llenas de oro y charreteras coruscantes...

La comitiva atravesó en silencio desde las Rejas de la Concepción hasta Vergara, sin que se derramara á su paso un pomo de esencia, sin que se arrojara una flor, sin que se gritara un viva. Ante el silencio del pueblo, que sofocaba los contados gritos que habían partido de entre los acompañantes del príncipe, nadie se había atrevido á decir ni á hacer nada, bien por cortedad, bien por temor de que no le siguieran... Al llegar á la segunda calle de San Francisco, el silencio se había hecho más hosco y más terrible que en todo el trayecto; sólo lo interrumpían las campanas repicando como locas y los cañones tronando á intervalos.

Maximiliano y Carlota, rojos de ira ó de despecho ó de vergüenza, saludaban á diestra y siniestra; todo el mundo les respondía, todo el mundo se quitaba el sombrero y

nada más. Pasó el Ayuntamiento, pasamos las damas, pasó el gran Mangino y pasaron Almonte y Lola Quesada. Cuando desembocó el Estado Mayor de los príncipes y les vieron las gentes que ocupaban un balcón de la casa de la esquina de San Francisco y Vergara, una voz de mujer, de mujer bella y conmovida (estas cosas se le conocieron en su grito), lanzó un «¡Viva el Emperador!»

El pueblo, como si sólo hubiera esperado esta señal, rompió también á gritar unánime, calurosa y ruidosamente; canastillos de flores se vaciaron en un instante, los papelillos de oro y de colores, los otros que llevaban impresas poesías de los más celebrados ingenios, las palomas y los ramos llenaron el aire precipitándose sobre el coche imperial. El rostro de Maximiliano volvió á su color de siempre, el de Carlota se puso más rojo, y á los dos tiempo les faltaba para contestar á los saludos, voces cariñosas, agasajos y demostraciones de todo género. Como decía después el Emperador, había habido hielo; pero al romperse había brotado la primavera más pujante y briosa que nunca, coronada de flores y dejando perfumes á su paso...

Desde allí empezaron las demostraciones de entusiasmo: primero el club alemán saludó á los soberanos; después una niña les ofreció un ramo de oliva, otra les dijo unos versos y una del pueblo les presentó unas palomas.

Avanzaron más y los michoacanos pusieron en sus manos ejemplares de un himno con letra del famoso Tirso Ra-

fael Córdova, y al caminar otro poco, una niña hija del Doctor Vértiz les entregó no sé si un pañuelo bordado ó si unos ramos de flores.

En la gran plaza, la multitud se arremolinaba alrededor de la carroza imperial. Aquí y allá rompían las olas

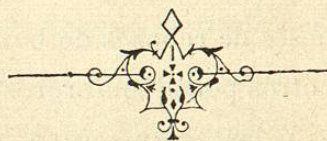


de sombreros anchos y de rebozos de bolita, unos cuantos gorros de mujer y otros pocos sombreros de copa... Aparecen Sus Majestades y las aclamaciones se repiten; todos quieren ver á Maximiliano, y la valla de soldados franceses es impotente para resistir á la ola poderosa que se acerca: la columna se reduce, se quiebra, se rompe y deja penetrar por los intersticios á los léperos que corren voci-

ferando: «¡Viva el Emperador!» «¡Viva la Emperatriz!»

Al ver aquello se desprende un escuadrón de gendarmes franceses con el sable desenvainado, y cuando está cerca de la gente atrabiliaria y se dispone á macerar cabezas, troncos y remos, Maximiliano se pone en pie dentro de la carretela, dice algo al general Mejía, que marcha á su vera, y se permite acercarse á aquella gente, que más que á la persona del soberano estima lo que significa una orden que detenga á los desapoderados jinetes franceses.

La comitiva penetró á la catedral en medio de una ovación delirante. Nosotros á la puerta aguardamos á la Emperatriz, y mientras en el interior nos recibían los obispos, fuera se alejaban, como una nota sangrienta, la guardia imperial, los picadores, los pajes y los cocheros, todos vestidos de rojo vivo...



CAPITULO III

Versos y otras demasias

No creáis todo lo que os digan los periódicos y las gentes de aquel tiempo acerca de las magnificencias de la recepción imperial: cuanto se hizo no valió tres pitoches, y aunque los príncipes quedaron satisfechos, la cosa no era para tanto; mas para los conservadores que habían organizado aquello y que en su inocencia creían que México era la primera ciudad del Nuevo Mundo, que era lo más rico y lo más grande que existía y que de aquí tomaban lecciones de lujo y de elegancia los imperios más remotos de la tierra, aquello era el acabóse del primor y del buen gusto.

Para los fuereños, que en rebaños de cien y doscientas personas habían ocurrido á la corte para presenciar las fiestas imperiales, no tuvo comparación aquel espectáculo, y sólo algunos viejos que habían conocido á Pedraza y